

Notas del académico José Antonio Pascual leídas el 24.3.2014 en el Teatro Español, con motivo de la sesión de «Cómicos de la lengua» sobre la *Celestina*.

Primera parte

Vamos a asistir a la lectura de unos cuantos fragmentos de un texto dramático de finales del siglo XV, pensado más para ser leído que para representarse en el teatro: la *Celestina*. Una obra que, aunque escrita en romance, arranca de la novela humanística latina, género conocido por los universitarios de entonces.

Hay algo de aventura en la forma en que la *Tragicomedia de Calisto y Melibea* ha llegado hasta nosotros; resumiendo mucho, la aventura consiste en que Fernando de Rojas, estudiante del Estudio salmantino, se encontró con el primer acto de una comedia, que empieza así: el joven Calisto entra en un jardín persiguiendo a un halcón. Allí conoce a Melibea, de la que se enamora perdidamente. Sin embargo, esta se muestra contrariada por las palabras que le dirige el mancebo, que regresa angustiado a su casa. Aconsejado por un criado suyo, recurre a Celestina para que le ayude a conseguir el amor de Melibea. Tanto le impresiona a Rojas esta narración que decide continuarla. Y lo hace, tras muchas idas y venidas de sus personajes, llevándolos a un trágico fin: Calisto se despeña desde lo alto de la tapia del jardín de Melibea; sus criados son ejecutados, tras haber asesinado a Celestina; y Melibea se suicida. Con todo, el desastrado fin que les llega a los personajes no nos lleva a considerar la *Tragicomedia de Calisto y Melibea* como un grandioso drama de amor, a la manera del shakesperiano *Romeo y Julieta*; se trata, por el contrario, de un género especial en que la pulsión amorosa aparece como una pasión tiránica y culpable, degradada además por la intervención de unos cuantos seres que contribuyen con su encanallamiento al incumplimiento de las leyes del amor cortés. Se inaugura así un género peculiar de nuestra literatura: la novela celestinesca.

Al trágico fin a que me he referido conduce el incumplimiento de las leyes del amor cortés, del que descreen Rojas y el autor que le precedió en esta aventura literaria. Era el amor cortés una manera, llamémosla espiritual, de que un hombre se obsesionara por una mujer, para lo que el enamorado debía estar dotado de unas altas cualidades morales y de una contención que le permitiera controlar sus deseos sin que terminaran en el amor carnal. En las historias del *Heptamerón* de Margarita de Navarra, escrita casi medio siglo después de la *Celestina*, se dan

varias situaciones que se derivan de la práctica de este tipo de amor en el que los hombres habían de servir a las damas, a las que les correspondía, en cambio, frenarlos en sus deseos, manteniéndolos en su placentera enfermedad. En esta tensión del amor que muestran estos cuentos, suspendida en el abismo que se abre entre el deseo de la carne y la prohibición de satisfacerlo, los hombres se quejan de la dureza de las leyes del amor cortés, mientras que las mujeres se burlan de ellos por dramatizan una situación en que «tan placentera enfermedad no hace morir a nadie».

En nuestra tragicomedia —y estoy a punto de terminar mi primera intervención— Calisto es un enfermo de amor decidido a no morir por él, digan lo que digan sus palabras, pues su florida retórica no lograba ocultar que carecía de las virtudes necesarias para ello y deja bien a las claras que por encima de todo estaban sus deseos carnales. De ahí que para su enfermedad busque, como vamos a ver, la terapia que le proporciona Celestina.

Lo van a oír expresado por medio de una lengua cuya pronunciación difiere de la nuestra casi tanto como de la de Juan Ruiz. Por eso nuestros actores harán suya la pronunciación de la *ts*, *dz*, *x* y *j*, que pronto iban a desaparecer del español, cediendo el paso a nuestras *ce* y *jota*. Estamos a muy pocos pasos del español moderno en materia de pronunciación.